

Entrevista con Edgar Gómez Cruz: una trayectoria singular entre los estudios de comunicación y la antropología

Isabel Travancas (ECO-UFRJ)

Victoria Irisarri (EIDAES/CONICET - FSOC/UBA)

*Nacido en México, pero con un recorrido internacional, Edgar Gómez Cruz es un investigador singular. Esta entrevista, realizada virtualmente el 16 de septiembre de 2022, recorre su trayectoria educativa y de investigación, que abarca diferentes campos disciplinarios y objetos de estudio en diversos países, desde México, España, Inglaterra, Australia y actualmente Estados Unidos. De modo reflexivo, Edgar da cuenta de las transformaciones en sus investigaciones y su interés especial en desarrollar marcos teórico-metodológicos e interpretativos para el estudio de lo digital recuperando la tradición Latinoamérica de los estudios culturales, comunicacionales, antropológicos y el interés por lo popular. Su interlocución nos invita a pensar sobre la necesidad de descolonizar nuestras epistemologías para abordar lo digital desde el sur. También propone un diálogo para afrontar el desafío de desarrollar redes sustentables de investigación y formación de largo plazo en América Latina. Su último libro, *Tecnologías Vitales*, abre nuevos interrogantes y desafíos para investigar y analizar las tecnologías digitales, tecnologías que, como propone el autor, se volvieron vitales para la vida cotidiana.*

Victoria Irisarri: Queríamos comenzar la entrevista pidiéndote que nos cuentes cómo fue tu trayectoria, tu recorrido que empezó en la comunicación hasta llegar a la antropología.

Edgar Gómez Cruz: Creo que es como dice Jonathan Stern, un estudioso de la ciencia y la tecnología, en mi trayectoria siempre he sido muy antidisciplinario. Recientemente di una charla en la que proponía que a lo mejor tendríamos que pensar más en la indisciplina que en las disciplinas. Yo estudié comunicación porque la universidad donde estudié no tenía la carrera de antropología. Sí la hubiese

tenido, esa hubiera sido mi elección. En México la comunicación social es una mezcla entre antropología y sociología de los medios y un poco de producción; teníamos clases de televisión, de cine, de radio. En realidad el fuerte de la carrera es más la reflexión cultural, sociológica y antropológica sobre la comunicación. Luego hice una maestría, en una historia bonita y tragicómica, porque me enamoré del cine en el último año de la carrera y me fui a estudiar una maestría que tenía una especialización en cine. Cuando llegué al programa habían cerrado la especialización y solamente había otras dos de investigación. Y ya estaba ahí, así que dije, bueno, voy a seguir con esto de la investigación. Eso fue en Monterrey, México. Luego de ahí trabajé en la universidad y me fui a hacer el doctorado en teoría sociológica en Madrid. Entonces, muchas de las cosas que había aprendido en la carrera de comunicación, las revisité leyendo a autores y autoras “serias”, tuve una clase entera para leer la obra de [Michel] Foucault, otra para leer a [Pierre] Bourdieu. Fue como un despertar teórico. Además me encontré con los estudios de ciencia y tecnología que me abrieron también muchas perspectivas.

Luego sucedieron otras cosas también tragicómicas y acabé en la UOC (Universitat Oberta de Catalunya) con Elisenda [Ardévol], quien me acogió y abrió las puertas de su equipo.

Cuando empecé el doctorado en Madrid tenía un blog. Adolfo Estalella, que era otro antropólogo que estaba haciendo la tesis con Elisenda, leyó mi blog y quería entrevistarme como informante. Después de nuestro primer encuentro nos volvimos muy amigos. Cuando tuve algunos conflictos de becas- él me dijo: “vente a la UOC”, apliqué y acabé haciendo la tesis ahí con Elisenda, una antropóloga. Esa es la trayectoria; desde la comunicación, pasando por la sociología y llegando a la antropología. Siempre solía decir que mi objeto era de comunicación, mi marco era sociológico, pero mi método era antropológico. Ahora creo que la sociología ha quedado un poco relegada y estoy más interesado en el arte, es la última pieza disciplinar que me ha estado emocionando en los últimos años.

Victoria Irisarri: Tenés proyectos en relación con el arte que mencionás en algunos textos como la fotografía.

Edgar Gómez Cruz:

La fotografía- fue muy curioso- es para mí como el campo para los y las antropólogos. Así como ellas y ellos tienen una comunidad, en la Patagonia o en el Amazonas, donde hicieron su trabajo de tesis, y retornan a lo largo del tiempo, para mí la fotografía es eso. Constantemente regreso, veo qué se está haciendo, quién está escribiendo sobre ello o escribo alguna cosa. Una de las cosas que sucedió con mi tesis doctoral, que fue sobre prácticas de fotografía, fue que “salí del closet fotográfico”. Antes me gustaba la fotografía, a partir de la tesis me convertí en un fotógrafo, hago mucho fotografía y eventualmente me di cuenta de que el hacer fotografía para mí era una forma de pensar sobre cosas, entonces la fotografía se convirtió en un método para hacerme preguntas y para ofrecer ciertas respuestas a algunas preguntas, es un método que he venido trabajando en los últimos años y que me ha emocionado mucho.

Victoria Irisarri: ¿Y cómo se te ocurrió ir a Madrid, de México a España?

Edgar Gómez Cruz:

Voy a contar todas las tragedias porque son muchas tragedias las que me han sucedido. Yo trabajaba en una universidad en México y tenía un puesto permanente, entonces había un programa para profesores mexicanos que se fueran a hacer el doctorado al extranjero. En ese momento creo que sentía que yo era mejor de lo que era, lo que tiene la juventud. Apliqué a dos universidades en Inglaterra, recibí mi beca, tenía un cheque por miles de libras en mis manos, pero no me aceptaron en las universidades que había aplicado. Y fue muy decepcionante. Ahora sé que cometí varios errores importantes en cómo hice la aplicación. Cuando me llegó la respuesta negativa era muy tarde en el año, yo quería irme a estudiar el doctorado, entonces vi qué programas todavía aceptaban aplicaciones y los únicos dos lugares que encontré fueron Argentina y España. Entonces apliqué a FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) en Argentina y a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y también apliqué al mismo tiempo a la [Universidad] Complutense en Madrid. Me aceptaron en todas esas y al final decidí irme a España, no por ninguna razón en particular, a la mejor solamente porque tenía acceso a más cosas,

podía moverme más fácil que si hubiera escogido Argentina, y así fue como acabé en España. Creo que las carreras nunca son lineales. Muchos años después acabé trabajando en una universidad inglesa. Eventualmente llegué, no por donde hubiera querido, pero llegué a una academia que quería experimentar. Hay algo de visión, algo de destino, un poco de suerte , pero también de trabajo arduo. Reflexionando con el tiempo, me di cuenta de qué errores cometí en la aplicación al doctorado. En ese entonces era muy ingenuo en realidad, sabía muy poco de cómo se manejaban las culturas académicas en otros países.

Victoria Irisarri:

Y también pensando en este recorrido que hiciste, ¿cuáles fueron tus principales referencias teóricas a lo largo de esos años y cómo fueron cambiando?

Edgar Gómez Cruz:

Ah, esta pregunta es muy interesante, no la he pensado antes, pero voy a intentar articular una respuesta. Mi primera formación en México estaba muy influenciada por los estudios culturales y particularmente por los estudios culturales británicos, la escuela de Birmingham, Stuart Hall, Raymond Williams, David Morley. Esta literatura era muy importante. Además de [Pierre] Bourdieu, la cuestión de la cultura, el capital cultural, el habitus, la práctica, todas estas eran influencias muy importantes, pero ya desde la carrera estaba muy interesado en la etnografía como método. A mitad de la carrera tuvimos la materia de métodos cualitativos, en México se suelen diferenciar métodos cuantitativos y métodos cualitativos, y la etnografía me llamó mucho la atención porque en ese entonces me gustaba mucho escribir crónicas periodísticas, era músico entonces escribía sobre música, sobre arte, de películas. Y me interesaba mucho la aproximación etnográfica y los estudios culturales era donde más o menos me sentía cómodo. Pero luego al llegar a Madrid empecé a hacer lo que se llama el DEA, que era el Diploma de Estudios Avanzados, más o menos el equivalente a una tesis de maestría - ahora es una tesis de maestría pero en ese entonces se llamaba DEA- y empecé a trabajar con un profesor, Rubén Blanco, que estaba muy interesado por lo digital, pero que provenía de los estudios de ciencia y tecnología. Para mí esa mezcla fue explosiva, muy interesante. Cuando empecé el doctorado, lo que quería era hacer dialogar a [Pierre] Bourdieu con

[Bruno] Latour, aunque ellos no se llevaran muy bien que digamos, a mí me interesaba mucho la idea de ontología plana, la cuestión de la relación entre humanos y no-humanos, los ensamblajes sociotécnicos, pero me faltaba la cuestión del poder y la cuestión del poder era, creo yo, importante y [Pierre] Bourdieu me permitía meter la cuestión del poder. Lo que pensaba en ese momento era que, una vez que se creaban estos ensamblajes latourianos, se solidifican de manera que creaban hábitos bourdieuanos. Esa era la conexión que hice en ese momento. Luego a partir de ahí seguí muy interesado en los estudios de ciencia y tecnología, pero me interesé más por la posición antropológica, más allá de la etnografía. Últimamente me han seducido mucho las ideas de Tim Ingold, de Tobias Rees, y su invitación de descentrar lo antropológico de lo etnográfico. Y después me encontré con el arte, lo que me ha permitido es reflexionar sobre todos estos procesos de construcción de conocimiento y cómo todos estos procesos pueden permitir formas mucho más potentes y expresivas que vayan más allá de la academia. Aunque los procesos de construcción del conocimiento son muy similares, el resultado de esos procesos es radicalmente distinto.

Victoria Irisarri:

¿Tenés algún ejemplo?

Edgar Gómez Cruz:

Sería más fácil mostrártelo con ejemplos de cosas que he hecho. Por ejemplo, durante la pandemia una de las cosas que hice fue tomar fotos de cubrebocas tirados en el piso. Tomé más de mil imágenes. Podría hablar de muchas cosas en torno a los cubrebocas, de la parte médica, de cómo los cubrebocas previenen las gotas de saliva que contienen el virus; puedo hablar de ello desde la parte sociológica, qué significa para la sociedad utilizar tapabocas cuando no estábamos acostumbrados a usarlas (algo que en sociedades asiáticas es por demás común); qué significa en términos políticos, por ejemplo, cuando en una sociedad hay resistencia a usar cubrebocas, etcétera. Hay muchas formas de aproximarse al objeto, pero, si yo pongo mil fotos de cubrebocas y tú las ves juntas, y además te traigo todas esas discusiones, te puede

mover hacia muchos lugares. Te mueve no solo el intelecto, sino también algo de las entrañas, ¿no? Entonces hay una exploración ahí que me está interesando mucho y que estoy intentando compaginar con la parte más académica.

Victoria Irisarri:

¿Más vinculado a las emociones?

Edgar Gómez Cruz:

Sí, más vinculado a las emociones, a los afectos y efectos, que no hemos explorado mucho en el mundo académico, no desde lo teórico, sino desde la exploración de otras formas de pensar (y sentir).

Isabel Travancas:

En Brasil empezamos a tener un subtema en algunos cursos de maestría y doctorado sobre antropología de las emociones.

Edgar Gómez Cruz:

La idea de antropología de las emociones está muy desarrollada, pero creo que estoy más interesado en una antropología emocional o emocionante que es un poco distinto. No es el trabajo sobre [las emociones], sino utilizar [lo emocional] para generar algo. Y además es curioso que menciones a Brasil porque toda esta exploración comenzó con un texto muy pequeñito que publiqué hace muchos años en una revista que se llama Cadernos de Arte e Antropología, un textito muy experimental que fue el origen de toda esta exploración.

Isabel Travancas:

Nos gustaría conocer un poco más de la cocina de tus investigaciones y pedirte que nos cuentes cómo fuiste construyendo tus objetos de investigación y cómo fueron cambiando a lo largo de tu carrera.

Edgar Gómez Cruz:

Esta es otra pregunta muy bonita, sobre esto sí he reflexionado bastante. Creo que, vuelvo a ese momento, en el último año de la carrera cuando estaba estudiando

comunicación, y tengo que decir que año era porque sabrán mi edad, pero además es muy importante, hice la carrera de 1992 a 1996. En el último año de carrera fui a un congreso de comunicación en una universidad privada en el norte de México donde después estudié la maestría. En el congreso explicaban una nueva forma de hacer comunicación, una nueva tecnología que se llamaba Internet. Para mí lo que contaban ahí era futurista. Recuerdo que había un editor de un periódico muy importante y contaba cómo tomaban fotos en un estadio de fútbol y mandaban las fotos y las subían a Internet durante el partido. Cuando regresé a mi universidad, que era una universidad pública de provincia, me fui directamente a preguntarle a la gente de computación: “Oigan ¿nosotros tenemos esto que se llama Internet? Y dijeron que sí, “tenemos cuatro o cinco computadoras públicas con monitores monocromáticos y para usarla, necesitas saber de UNIX”, que era el sistema operativo. Estoy hablando de un momento en donde todavía la web no existía o no estaba tan difundida, no había imágenes, era puro texto. Ahí fue cuando me encontré con los “tatarabuelos” de las redes sociales los *bulletin board systems* (BBS) y me quedé enganchadísimo, iba todos los días después de clases y pasaba horas ahí. Una vez estuve 11 horas frente a la computadora; hablando con gente, leyendo cosas, era un mundo que ahora lo damos por sentado, pero en ese entonces era un mundo que se abría delante de mí. Cuando llegué a la maestría, dije: “quiero hacer la tesis sobre esto”. Mi director de tesis, José Carlos Lozano, me dijo: “soy especialista en comunicación internacional y en estudios de recepción, no tengo idea de lo que me estás hablando, pero si tú quieres hacer esto, pues hazlo”, lo cual le agradezco mucho. Otro director te hubiera dicho, de esto no sé nada y tienes que hacer la tesis sobre temas que manejo. Además, en ese entonces nos habían dado un financiamiento grandísimo, lo que nosotros creíamos que era grandísimo en ese entonces, cien mil dólares, que nos dio Televisa para hacer un estudio de audiencias en México. Entonces teníamos recursos y teníamos datos, hubiera sido muy fácil para mí hacer una tesis, como muchos de mis compañeros y compañeras, sobre estudios de recepción de televisión en México, pero decidí en cambio investigar Internet. Y creo que mi tesis fue la primera “etnografía virtual” que se hizo en México en 1997. A partir de ahí empecé con este tema y no he parado. Yo crecí con el tema,

mi carrera de investigador creció con el tema, pude ver los distintos momentos y las distintas fases de aproximación sobre el tema. Cuando llegué a España, había hecho mi tesis de maestría sobre los BBS, y la nueva tecnología que estaba en ese entonces emergiendo eran los chats, el Hotmail y todas estas cosas que tenían sus propios chats, que después se convirtieron en los mensajeros, y quería hacer la tesis sobre eso.

En ese entonces estaba en Madrid, cuando me fui a Barcelona a hacer la tesis con Elisenda a la UOC decidí que en lugar de intentar perseguir la última tecnología, que siempre estaba cambiando y se movía muy rápido, decidí que a lo mejor sería importante usar otra estrategia: en lugar de centrarme en el objeto, pensar en preguntas. Fue así que invertí la ecuación. En lugar de querer perseguir siempre la última tecnología, lo que hice fue hacerme una pregunta sobre cómo una práctica cambiaba con distintas tecnologías. Habiendo estudiado tanto Internet de forma textual, me di cuenta de que la imagen estaba siendo cada vez más protagonista de la comunicación en línea y dije ok, voy a estudiar la fotografía cómo ha cambiado con la emergencia de la tecnología digital. En ese entonces había una plataforma que era Flickr, una plataforma de fotografía muy importante, y central para mi tesis doctoral. De los estudios culturales pasé a los estudios de Internet, incorporando elementos de los estudios de ciencia y tecnología, y con la tesis también sumé a los estudios visuales. A partir de ahí he seguido incorporando elementos sobre lo digital, sobre lo visual, sobre las prácticas. Habiendo estudiado por tanto tiempo la relación entre personas y tecnología, mi última exploración es la búsqueda de descolonizar el pensamiento sobre lo digital, regresando un poco a pensar qué significa la cultura digital desde Latinoamérica. Yo soy latinoamericano a pesar de que hace muchos años que no estoy en Latinoamérica, ahora estoy en Latinoamérica del norte para ser sinceros porque Texas es un lugar muy cercano histórica y culturalmente, y es una buena base para trabajar. Así es como fue la trayectoria general, luego hay varias trayectorias más particulares: una geográfica (me fui de México a España, luego a Inglaterra, a Australia y a Estados Unidos); otra de objetos (me fui de los estudios de los estudios de la cibercultura a los estudios de internet, a los estudios de lo digital, a la fotografía y luego a repensar todo esto a través de nuestras propias culturas, historias, etcétera). Son varias trayectorias cruzadas que de alguna forma me movilizan en ciertas formas.

Victoria Irisarri

En tu libro *Tecnologías Vitales* recuperás la tradición de Jesús Martín Barbero y la noción de lo popular para abordar los estudios de lo digital en América Latina.

Edgar Gómez Cruz

Por eso son útiles las genealogías intelectuales, ¿no? Yo creo que sucedieron varias cosas. Por un lado el momento en el que surgen los estudios de Internet, vamos a pensar que entre el 90 y el 96, cuando las preguntas sobre la cultura digital, o la comunicación mediada por computadora como se llamaba en ese entonces, comenzaron a ser cada vez más centrales. Era justo un momento en donde muchos de los preceptos de la antropología estaban siendo problematizados: la idea de comunidad, la idea de territorio, la idea de campo. Al mismo tiempo, los estudios de comunicación, quienes fueron de los primeros en interesarse por lo digital, tenían también una larga trayectoria. Pero estas dos genealogías no dialogaban mucho. Quizá porque los estudios de comunicación percibían a Internet como un medio de comunicación o como un espacio de comunicación, en lugar de pensarlo como un objeto antropológico. Lo que sucedió es que el interés por lo digital en América Latina fue pionero, llegó un poco tarde a ser un objeto importante en disciplinas como la antropología o la sociología (e incluso todavía encuentra resistencia como un tema marginal). A pesar del interés ya muy claro, el pensamiento latinoamericano sobre lo digital no avanzó, en gran medida porque reproducía las ideas (y metodologías y teorías) desarrolladas en el norte. Parecía que la preocupación era por el qué estaban diciendo las personas desde Estados Unidos, desde Escandinavia, desde Inglaterra sobre eso que llamábamos nuevas tecnologías. Quizá porque las tecnologías provenían de estos lugares y había muy poco desarrollo tecnológico en nuestros países. En la actualidad hay casos bien interesantes, el del software libre en Brasil, el de desarrollos de hardware tempranos como la empresa Printaform en México. Hay historias de la computación de los cuales todavía nos falta escribir. Hay algunas cosas por ahí. El trabajo de Eder Medina en Chile, Ignacio Siles en Costa Rica, Iván Chaar-López en México. Pero

todavía nos falta hacer un proyecto serio sobre la historia de la computación en distintos países y por supuesto en Latinoamérica como región.

Entonces, los estudios de Internet en América Latina surgieron siempre mirando hacia el norte, mientras que al mismo tiempo el pensamiento latinoamericano, más latinoamericanista por decirlo de alguna manera, influía mucho en los estudios de antropología, en los estudios de cultura popular, en los de comunicación. Sin embargo, fueron poco retomados en el estudio de lo digital. Mientras que en México o Brasil se hablaba del rol de las telenovelas en la cultura popular, apuntando la agencia que tenían las audiencias, centrándose en cómo las personas adaptaban y adoptaban estos mensajes (y tecnologías) para su vida, y cómo la relación entre personas, culturas, mensajes y tecnologías era mucho más compleja; cuando se hablaba de Internet, se solía hablar de cosas muy superficiales, del uso y la apropiación, de cómo se usaban elementos como perfiles, fotos, etc. Tuvieron que pasar muchos años para que hubiera una mayor articulación entre el pensamiento latinoamericano y la reflexión sobre lo digital. Incluso me atrevo a decir que fue hasta que las grandes personalidades del estudio de Internet empezaron a citar a Pablo Freire o la idea de mediación que originalmente surge con Martín Barbero (y que después retoma Nick Couldry). Por otro lado, y al mismo tiempo, los objetos de investigación que desde el norte se estaban discutiendo, que eran el *mainstream* académico, parecían desconectados de lo que estaba viviendo como mexicano en Australia. El ejemplo que siempre pongo es WhatsApp: nadie hablaba de WhatsApp en el norte, a nadie le interesaba WhatsApp, no era una tecnología que resultara novedosa, ni interesante, ni relevante, y sin embargo en México, Brasil o en Argentina no puedes entender la cultura digital en el 2022 si no estudias WhatsApp. Entonces, pasaron dos cosas, por un lado que autores latinoamericanos, o ecos de autores latinoamericanos, aparecían por ahí en la literatura sobre lo digital, y por otro lado, parecía haber un desfase de objetos y preguntas. Entonces regresé a México, hice una pequeña investigación sobre WhatsApp y publiqué un texto al respecto. Ese para mí fue el “regreso” a Latinoamérica. A partir de ese momento comencé a pensar colectivamente con otras y otros colegas en América Latina. Personas con las que estábamos teniendo intuiciones similares. Nos aglutinaron dos preguntas: ¿Qué pasaría si empezamos a pensar lo digital no desde la trayectoria de las tecnologías, sino desde la trayectoria de latinoamericano? ¿Cómo podríamos

desarrollar una teoría latinoamericana sobre lo digital?. Y ese es el proyecto en el que ahora mismo estamos trabajando.

Isabel Travancas

Quería preguntarte sobre este desarrollo de los estudios sobre tecnología digitales y su conexión con la antropología, porque como habías comentado, entra un poco tarde como tema de investigación, en congresos, *papers* revistas, y al mismo tiempo si miramos un poco el pasado, ¿cómo podríamos pensar hoy los desafíos que tenemos para abordar el tema de lo digital en las investigaciones? Todo cambia y eso también es un desafío. Orkut, por ejemplo, ya parece una tecnología muy antigua, hay un movimiento intenso.

Edgar Gómez Cruz

Creo que es una de las cosas que intenté plantear en el libro *Tecnologías Vitales*, estamos en un momento en el que necesitamos desplataformizar los estudios digitales porque si uno publica un texto diciendo cómo utilizan los jóvenes cariocas [Orkut] ahora mismo, nadie va a leer ese texto porque Orkut ya no existe. Mi amigo Adolfo Estalella hizo una tesis maravillosa sobre blogs, para el momento en que la terminó ya los blogs habían pasado de moda. Y sin embargo, muchos de esos hallazgos eran fundamentales, pero no encontraron la audiencia que hubieran merecido. La temporalidad de nuestras investigaciones ha estado sujeta a la temporalidad y el interés por las plataformas, y eso nos ha hecho mucho daño. ¿Qué es lo que propongo en el libro? Dejar la mirada sobre las plataformas y empezar a pensar sobre la vitalidad o sobre las vitalidades: qué significa socializar, encontrar pareja, tener una posición política, organizar la vida cotidiana, todas estas cosas que no están sujetas a una plataforma determinada, pero son influidos de determinadas formas por las plataformas que son usadas para darles forma. Entonces, si en lugar de investigar cómo los jóvenes cariocas utilizan Orkut hubiéramos dicho cómo es la socialización de los jóvenes cariocas, cómo conciben el amor o el odio, o de lo que sea, incorporando la reflexión sobre lo digital, pero sin centrarnos necesariamente en la tecnología, esa investigación podría ser útil para seguir construyendo y no

empezar de cero cada vez que queremos construir conocimiento sobre lo digital. Porque plataformas como MySpace o Livejournal desaparecieron, porque parece que Facebook y Twitter se están cayendo a pedazos, porque otras plataformas como Tik Tok o Mastodont están creciendo, pero quizá en el futuro desaparezcan también. Lo que no va a desaparecer, pero seguirá, cada vez más, conectado con las prácticas digitales, será la vitalidad.

Isabel Travancas

Si pensamos también esta idea de las distinciones del hemisferio norte y el sur, y el tema de la antropología digital, tenemos un diálogo más estrecho en general, hablo de Brasil, con Norteamérica y Europa pero menos con América Latina.

Edgar Gómez Cruz

Lo que pasa con Brasil es que fue pionero. Por ejemplo, Brasil tenía la única colección de libros que yo conozco en América Latina sobre lo digital, con la editorial Sulina. Y luego, durante la (primera) etapa de Lula, con todo el apoyo y recursos que se dieron a la educación superior, la academia brasileña creció a un nivel altísimo, hubo mucha gente que se fue a estudiar afuera, que regresó, formó cuadros, grupos de trabajo, o personas que están viviendo en el norte pero pensando en el sur. Hace un tiempo que no voy a Brasil, pero una amiga mexicana, Paola Ricaurte, que trabaja mucho con Brasil me dijo que están a años luz de todo lo que hacemos en América Latina. Ella va continuamente y en términos de protección de datos, de visión crítica de los algoritmos, de reflexión sobre la vigilancia, etcétera, se están haciendo preguntas que me parece todavía no encuentran eco en el resto de Latinoamérica. Tienes razón, no dialogamos tanto como tendríamos que dialogar. Yo diálogo más con colegas brasileños y brasileñas en congresos internacionales en inglés que en congresos en América Latina, lo cual es muy desafortunado, creo yo. Y al mismo tiempo las personas hispanoparlantes no leemos tanto a la gente en portugués, y tendríamos que hacerlo porque hay gente haciendo cosas extraordinarias. Otra vez, nos es más fácil mirar hacia el norte en inglés que hacer el esfuerzo de mirar al lado en portugués o de establecer un diálogo en portuñol. En el idioma que sea, en todos los posibles, Brasil tendría que ser más parte de Latinoamérica.

Victoria Irisarri

Y para seguir pensando esta cuestión de América Latina en el último libro planteaste la necesidad “de exigirnos una Independencia epistemológica”. ¿Cuáles te parece que son los principales desafíos de una antropología digital o de lo digital para nosotros para pensar esa independencia epistemológica?

Edgar Gómez Cruz

Uno, creo que ya hemos llegado a un punto de madurez de reflexión teórico-metodológica. Hay suficientes académicos y académicas en América Latina que están haciendo trabajos muy relevantes como para mover, para impulsar un poco un pensamiento propio.

¿Qué digo? Creo que hemos llegado a un punto en el que ya empezamos a dialogar con el norte, la pregunta es cómo queremos dialogar con el norte, si queremos dialogar desde las reglas del norte o si queremos traer a la mesa nuestras propias reglas, nuestras propias decisiones. Yo estoy a favor de la segunda, dialoguemos pero vamos a decir algo sobre las condiciones teórico-metodológicas para ese diálogo. Si algo tengo claro ahora mismo, es que somos muy parecidos y parecidas, pero también muy distintos y distintas. Es decir, si vamos a Palermo [barrio de Buenos Aires] o si vamos a Vila Madalena en São Paulo, donde hay gente con acceso a tecnologías, con recursos suficientes para tener el último iPhone con conexión ilimitada y luego vamos a barrios similares en Austin, Berlín, Oslo, etcétera, a lo mejor las prácticas no van a ser tan distintas, la gente va a hacer cosas similares. Pero lo cierto es que nuestros países están muy lejos de ser una urbe cosmopolita conectada. La desigualdad de nuestros países es fundamental para entender la cultura y, al mismo tiempo, la cultura es fundamental para entender la desigualdad. Somos sociedades clasistas, racistas, que se han construido a partir de una diferenciación de clases de alguna forma o de muchas formas. Entonces, parte de traer distintos marcos para este diálogo con el norte requiere por fuerza traer estas

diferencias como parte del diálogo. De esta forma sí hemos llegado un punto de madurez en donde ya más o menos entendemos cómo es el trabajo académico global y participamos en congresos y revistas internacionales, nos llaman para estar en foros y seminarios, y al mismo tiempo tenemos una responsabilidad, no con la academia, sino con la realidades de las cuales surgimos. La idea de la independencia epistémica parte de la base de que vamos a dialogar desde nuestras realidades, desde nuestras preguntas, desde nuestras necesidades, no desde las que nos vengan de afuera porque, por ejemplo, hablar de Inteligencia artificial quizá no tenga la relevancia que requieren otras preguntas más urgentes. Acabo de terminar un reporte sobre el desarrollo de Inteligencia artificial en América Latina, y tú te das cuenta cuando entrevistas a gente, cuando hablas con personas que saben del tema, que por ahora la inteligencia artificial es una ambición, una proyección, es aspiracional porque queremos ser como el norte, o porque queremos pensar que por fin una tecnología va a paliar las brechas sociales. Pero no es así, no tenemos la infraestructura, no tenemos el capital, no tenemos las condiciones y entonces estas narrativas acaban siendo solo aspiracionistas, con la consecuencia que dejamos de atender a las cosas que necesitamos atender. En ese sentido creo que es un buen momento para repensar quiénes somos y qué hacemos desde la academia del sur, y en particular desde América Latina (algo que, me parece en África o en Asia está más avanzado), y traer estas condiciones desde nuestra realidad y no desde las que se nos impongan de afuera, eso de alguna forma es la independencia epistemológica, ¿no?

Victoria Irisarri

Y otra punto que comentas en el libro, además de ampliar las preguntas sobre las tecnologías y también hacer preguntas propias de nuestros contextos, decís que este es un proyecto político y por momentos lo nombras como un activismo, que tenga incidencia en activismo políticos.

Edgar Gómez Cruz

Eso es algo que debo reconocer que no es mi fuerte, pero sí veo esta actitud en colectivos, grupos y personas, que llevan esta idea a la calle. De activistas, o colectivos feministas que utilizan las tecnologías para movilizarse, a colectivos de

desarrollo de tecnologías locales que buscan responder a las necesidades de las comunidades en las que se insertan. Brasil es siempre el ejemplo paradigmático de esto, cómo queremos intervenir, el rol que están jugando las tecnologías en la política, en la política con P mayúscula. Porque si no intervenimos en algo más que el discurso, luego las tecnologías, como en el caso de WhatsApp y Bolsonaro, acaban siendo cooptadas. En ese sentido, necesitamos ser más activistas. Las tecnologías, al amplificar nuestras sociedades y sus desigualdades, se pueden convertir en instrumentos de opresión muy peligrosos. WhatsApp puede ser una herramienta cotidiana maravillosa, cuando grupos de mujeres la utilizan para crear redes de apoyo y de seguridad, los es menos cuando los hombres la utilizan para controlar a las mujeres: “dónde estás”, “qué estás haciendo”, “mándame la foto”, “mándame tu ubicación”, etcétera. Y esto es otro punto que se discute poco, se habla del control y vigilancia por parte de gobiernos controlando y vigilando a sus ciudadanos y ciudadanas, pero menos sobre cómo las relaciones personales cada vez son más tecnológicas. La amplificación tecnológica, cuando se mezcla con la desigualdad y la falta de seguridad que hay en nuestros países, puede ser explosiva. Por eso se discuten tanto los linchamientos en India o México, y se culpa a la tecnología. Necesitamos una alfabetización mediática, una alfabetización digital, necesitaríamos alfabetización y punto. Y una idea de ciudadanía distinta a la que hemos tenido hasta ahora. Si pensamos en algunas frases que se dicen por ejemplo en México: “el que no transa no avanza” o en Colombia “para que das papaya” [si te roban es tu culpa por no estar atento], hay una idea de eres tú contra el mundo, y cuanto más jodas al mundo menos el mundo te va a poder joder a ti. Esta idea, otra vez, de que las tecnologías pueden amplificar de una manera muy fácil.

Isabel Travancas

Después de este recorrido que nos contaste, de México a Barcelona, luego a Inglaterra y Australia, y ahora en este momento estás en la Universidad de Texas, ¿cómo es tu trabajo de investigación ahí y con qué grupo trabajas?

Edgar Gómez Cruz

Yo no sé qué haría distinto en mi carrera, pero sí sé que siempre me moví hacia lugares que me permitían seguir aprendiendo. Hay gente que es muy estratégica, que puede decir, ok, voy a estar tres años aquí, después voy a estar cinco acá, voy a llegar a este punto y voy a... Yo soy exactamente lo contrario, no tengo un plan de vida. No me da vértigo la libertad. Siempre he tomado decisiones sobre mi vida en función de las cosas que en ese momento me parecían excitantes, emocionantes. Soy muy visceral y pragmático a la vez. Me fui de España porque después de nueve años de vivir ahí, al cambiar mi visa de estudiante por una de trabajo, si tenía un proyecto de tres meses, me daban una visa por tres meses, si tenía un proyecto de seis meses, una por seis meses. Después de nueve años de vivir en un país, y no tener la seguridad de una pertenencia, me cansé. Era como estar en una mala relación, yo quería mucho a España pero España no me quería mucho a mí. Y entonces decidí ir a Inglaterra que me ofrecía una posibilidad, un espacio, me ofrecían cuatro años de visa para hacer cosas y me pasó lo mismo, me encariñé con Inglaterra, estaba listo para quedarme, pero las oportunidades que hubo en ese momento no cuajaron. Y entonces Australia me abrió las puertas. Siempre he tenido las maletas listas y en la puerta, para cuando me he preguntado ¿Qué es lo que está sucediendo?, ¿cómo me siento en el lugar en el que estoy?, ¿qué otras oportunidades hay? Pero también hay lugares más abiertos que otros. Ahora soy ciudadano australiano. Es muy chistoso porque tengo un pasaporte que nunca he usado porque vino la pandemia. La pandemia también cambió muchas cosas porque hubo un momento en el que me di cuenta que Australia era un país precioso, no conozco Rio de Janeiro, pero Sídney debe ser un serio contendiente a la ciudad más bonita del mundo. Vivía muy bien, a 20 minutos caminando de mi oficina, 20 minutos caminando a la playa, tenía un grupo de amigos, estaba muy bien. Pero había dos cosas: por un lado, que mi trabajo me llamaba cada vez más a América Latina y Australia estaba muy lejos; y por otro lado, lo afectivo, durante la pandemia Australia cerró las fronteras y entonces sí, la sensación de vivir en una isla al final del mundo se hizo real porque no podía salir. Mientras que el mundo se caía a pedazos, en Australia no teníamos contagios, íbamos al restaurante, se consiguió contenerlo pagando el precio del aislamiento, al ser una isla es mucho más fácil. Eso hizo que también sintiera que en términos de mi momento de vida tenía que estar más cerca de la familia, de los amigos, de las

redes, más cerca de los lugares donde quiero hacer trabajo de campo, y así surgió la oportunidad en Texas. Nunca había pensado vivir aquí, pero me ofreció una muy buena oportunidad y decidí tomarla. Hay dos cosas interesantes: por primera vez en mi vida tengo un puesto no académico en la dirección universitaria. Soy Vicedecano de Diversidad, Equidad e Inclusión en la Escuela de Información. Por un lado, ese reto que nunca me había interesado se convirtió en un llamado, lo tomé porque en ese sentido porque creo que es el único rubro de la administración académica en el que sí creo. Estoy comprometido en abrir espacios para que más personas puedan crecer. La Universidad de Texas se convirtió en una *Hispanic Service Institution*, es decir 28% de nuestros estudiantes son de origen latino, muchos y muchas de origen mexicano. Si yo hago el llamado político tengo también que responderlo cuando me interpela a mí, y así lo estoy viendo, y hasta ahora ha sido mucho más interesante y desafiante en el buen sentido de lo que esperaba. Pero mi investigación ha quedado un poco aparcada, no he tenido mucho tiempo, estoy apenas entendiendo las cosas. Además estoy en una escuela de información, cuando tradicionalmente había estado en escuelas de comunicación. Las escuelas de información en Estados Unidos surgen de las escuelas de bibliotecología, de los *library studies*, pero la información ahora es digital, entonces se han transformado un poco, formando mucha gente para hacer *user experience* (UX), para hacer otro tipo de investigaciones relacionadas con la información, nuestros egresados y egresados van a trabajar a Facebook y empresas similares. Por ello es importante que si se van a ir para allá [a esas empresas], al menos entiendan estas cosas críticas y sepan el impacto que van a tener si contribuyen al éxito de dichas empresas. Todavía es una agenda abierta, pero lo que sí tengo muy claro es que mi conexión con América Latina se ha reactivado mucho. He ido 4 o 5 veces a México desde que estoy aquí, he empezado conversaciones, voy a abrir un proyecto, voy a Chile en diciembre para participar en una red muy bonita, que es la Red Latinoamericana de Antropología Digital, están haciendo cosas muy interesantes, son un grupo de jóvenes con mucha visión, con mucha idea. Mi idea ahora mismo es convertir el libro que publiqué en un proyecto empírico. Yo planteo en el libro que para entender la cultura digital desde y para Latinoamérica necesitamos hacer trabajo de campo con poblaciones, colectivos, y grupos que no

hayan sido tradicionalmente con quienes hemos trabajado. Mi idea es crear una red, trabajando sobre todo con estudiantes de doctorado, en la que podemos hacer trabajo de campo etnográfico sobre estas poblaciones y desarrollar la “teoría vital de las tecnologías”. Ese es el proyecto que tengo y quiero abrir nodos, ya abrí el nodo con México, ya se sumaron colaboradores y colaboradoras de Costa Rica y Ecuador, quiero abrir un nodo en Chile, es una de mis agendas ocultas que llevo a Chile, y me gustaría mucho abrir uno en Argentina y por supuesto en Brasil. Lo que pasa es que ahora mismo tengo un presupuesto muy pequeño como para hacer algunos estudios exploratorios pilotos, pero la idea es eventualmente aprovechar el poder que tiene Estados Unidos para generar proyectos y ver si puedo generar recursos para hacer un proyecto mucho más sólido y ambicioso, hacer un poco lo que hizo Daniel Miller, pero con tres diferencias. Uno, buscaremos teorizar en lugar de tratar de comprobar cosas; dos, la gente será de los lugares donde se trabajen; tres, que cada nodo tenga libertad para centrar la mirada en lo que considere relevante. En el caso de del proyecto de Miller, él tenía mucho control, entonces los libros eran iguales, que en términos de la dimensión comparativa es muy útil, pero a mí me gustaría que no necesariamente fuera solo la dimensión comparativa la central, sino también dar cuenta de las cosas únicas de cada una de los nodos.

Victoria Irisarri

Y en relación con las diferentes poblaciones o estas que no han sido trabajadas a través de lo digital, ¿en cuáles estás pensando?

Edgar Gómez Cruz

Mira esto surge porque en este trabajito que hice sobre WhatsApp entrevisté a 25 personas, de las cuales todas la mayoría eran urbanas con acceso a recursos, las cosas que me contaban eran interesantes, pero nada que no hubieras leído ya, pero cuando empecé a hablar con trabajadoras domésticas, cuando empecé a hablar con gente con ascendencia indígena, con gente que tenía sus negocios propios, ahí surgieron cosas que para mí fueron relevantes y que no se están abordando en la literatura sobre lo digital, entonces me gustaría explorar más eso. Una de las cosas que suele suceder en América Latina por la falta de recursos es que uno termina haciendo investigación con quien tiene a mano, casi siempre acaban siendo con

jóvenes porque están los estudiantes, incluso aunque no trabajes con tus propios estudiantes, pones un aviso en la universidad y vienen, reclutando gente a través de la técnica de “bola de nieve”, cuando les pides a tus estudiantes que por favor traigan gente. Eso nos permite seguir haciendo investigación, pero los alcances de esa investigación son muy limitados. La idea es ver cómo podemos hacer para estudiar con gente que está más alejada de la órbita universitaria y que se enfrenta a otras realidades. y para eso se necesitan recursos. Los pocos recursos que tengo ahora quiero invertirlos en eso.

Y otra cosa que también estoy pensando es que hemos intentado una y otra vez en los últimos 20 años formar redes y las redes se acaban cayendo muy fácil y muy rápido. De lo que me he dado cuenta es que para crear una red sólida se necesitan afinidades afectividades, complementaridades, pero sobre todo se necesita tener una visión más o menos parecida de lo que queremos lograr con la red. Tengo una red muy pequeña ahora, cuatro o cinco personas, pero con las que trabajo mucho, con Ignacio [Siles] que está en Costa Rica, con Paola [Ricuarte] que es ecuatoriana pero vive en México, con ellos dos estamos haciendo muchas cosas, escribiendo y pensando juntas, tenemos por ahí dos o tres textos en proceso que responden un poco a esta idea y visión compartida. Pero claro, me gustaría extender esa red, porque esa posible red realmente puede dar resultados que beneficien no sólo a las otras personas que pertenecen a la red, sino a distintas poblaciones, de publicaciones hasta proyectos conjuntos, intercambios docentes, hay muchas posibilidades. Pero para ello se requieren afinidades, proyectos, convicciones, recursos y tiempo, y un cierto amor al arte. Lleva tiempo y confianza, y en algunas ocasiones hay que luchar contracorriente y cambiar la cultura académica, las visiones individualistas, la politiquería académica, y la falsa pretensión “científica” que creo ha prevenido la innovación y la experimentación que tanto nos beneficiaría. Hay mucho trabajo por hacer, pero tenemos que hacerlo juntas, juntos y juntas.